

FABULA LXXIV.

LA CONTIENDA.

Un Ciego, un Cojo, un Manco y un Tullido
Y un Tartamudo amaban á una Tuerta:
Súpolo un Bizco, y á mortal reyerta
Retólos endiablado, enfurecido.

Salen al campo con navaja y porra
El Ciego, el Cojo, el Manco, el Tartamudo,
Tullido y Bizco... pero viene un Mudo,
Los pone en paz, y vánse, y no hay camorra.—

*Cuando más suele hablarse de asonada,
Tanto más el runrun se queda en nada.*

FABULA LXXV.

EL CALIFA:

traducción libre de Florian.

A MI ILUSTRE Y RESPETABLE AMIGO

Y ANTIGUO Y DIGNÍSIMO GEFÉ

el Excmo. Señor

DON MANUEL DE LA PEZUELA,

MARQUÉS DE VILUMA.

*Prendas brillan en tí, MARQUÉS amado,
Que acaso te han negado
Ya la parcialidad, ya la malicia;
Pero nadie dudar ha imaginado
Tu espíritu elevado
De rectitud, de ley y de justicia.
JUSTICIA! ¡Númen santo,
Cuyo celeste manto
Cobija á todos con igual abrigo
Desde el Monarca al último Mendigo!
¿Quiéres, MARQUÉS, pues la idolatras tanto,
Que el hecho extraño y singular te cuente*

*Del muy justo ALMAMUN, Califa un dia
En las regiones del rosado Oriente?
Pues óyelo á fé mía,
Que merece muy bien servir de norma
A los altos Poderes del Estado:
¡Ay del alto Poder desatentado
Que á lo justo, MARQUÉS, no se conforma!*

Quiso Almamún, Califa prepotente
Que tenia en Bagdad su régio asiento,
Alzar un monumento
Que ilustrara su nombre eternamente;
Y un Palacio elevó de tal valía,
Que á todos los Palacios de la tierra
En lo bello y magnífico excedía.

Cien columnas su pórtico formaban
De blanquísimo mármol todas ellas,
Y oro y azul y jaspe decoraban
El pavimento en que los pies sentaban
Sus resonantes huellas.
Esculturas sin fin, á cual más bellas,
Ostentaban del arte los primores,
Alternando con ellas los colores
Que vívidos lucían
De cedro bajo el rico artesonaño,

Y en recinto encantado
Cada régio aposento convertían.
El diamante, el zafiro y el topacio
Fulguraban allí, como en el cielo
Las estrellas que alumbran el espacio;
Y en tanto que los mirtos y rosales
Con su perfume el ámbito llenaban,
Cien y cien arroyuelos deslizaban
Aquí y allá sus líquidos cristales,
Brotando alguno con bullir sonoro
Cerca del lecho de oro
Donde el augusto Dueño,
Los cuidados y penas endulzando
Que le infundía el mando,
Al son del agua conciliaba el sueño.

Junto á aquel edificio,
Y enfrente de su mismo frontispicio,
Hecha de adobe, de guijarro y broza,
Se alzaba una Casita,
O por mejor decir, misera Chozita,
De aspecto tan rüin, tan miserable,
Que grima verla ante el Palacio daba.
Un humilde Operario allí habitaba,
Anciano venerable,
Que á su trabajo nada más atento,
Toda su dicha y su placer cifraba.

En ganar con su oficio su sustento.
Sin esposa, sin hijos, sin parientes,
Olvidado del mundo y de las gentes,
Y de nadie envidioso ni envidiado,
Dias pasaba allí solo y aislado
De laborioso afan sin duda llenos;
Pero tambien tranquilos y serenos,
Como los goza solo el hombre honrado.

Su morada entre tanto, ya lo he dicho,
Parecia allí alzada por capricho
En baldon del Palacio portentoso,
Y era fuerza padron tan afrentoso
Quitarle de delante,
Derribando la choza en el instante.
Así el Visir hacerlo pretendia
Sin pararse en la forma ni en el modo;
Pero el Califa procuró ante todo
Ver si el Dueño vendérsela queria,
Mostrando en este punto tal empeño,
Que mandó á su Ministro respetarla,
Mientras no se prestase á enagenarla
El susodicho Dueño.

Del Califa á la voz, baja la frente
El Visir obediente,
Y al Tugurio en cuestion parte ligero,

Y al morador, con rostro placentero,
Oro ofrece sin límite ni tasa,
Si se desprende de su pobre Casa,

— «Ay! mil gracias, Señor! dice el Obrero;
Mas con ese telar, que es mi tesoro,
No necesito el oro,
Cuyo esplendor está muy por debajo
De la tranquila paz que da á mi alma
El honrado vivir de mi trabajo:
¿Cómo quereis así que sin querella
Os dé mi Casa y me desprenda de ella?
Decid al gran Califa que mi Madre
En ella me dió el sér, y que si yerto
Mi Padre en ella ha muerto,
Quiero en ella morir como mi Padre.
Yo conozco á Almamún, y es imposible
Que de mi pobre albergue echarme quiera;
Mas si oyendo insensible
Mi queja lastimera
De él me lanzare en malhadado dia,
No podrá al menos el solar quitarme,
Ni que venga sobre él á arrodillarme
Dia y noche á llorar la pena mia.» —

Irritado el Visir con tal discurso,
Pide al Califa que al audaz castigue,

Y que además le obligue
Su Casa á demoler sin más recurso;
Pero el Califa le responde: injusta
Fuera tal orden, además de adusta,
Cuando ese Obrero, si lo ves despacio,
No hace más, en el hecho que te extraña,
Sino amar delirante su Cabaña,
Como deliro yo con mi Palacio.
Quede su Casa en pié; pero de modo
Que renovada á mis expensas sea,
Para que así se vea
Cómo un Califa lo concilia todo.
Yo no quiero jamás que mi memoria,
Manchada pase á la futura historia
Con violencia alguna,
Sino que adquiera perdurable gloria
Al tiempo superior y á la fortuna,
Enlazando el recuerdo de mi nombre
Con el de ese infeliz y pobre hombre.
Así las gentes con placer y gusto
Nombrarán siempre á su Califa augusto;
Y sin que voz alguna se desmande,
Viendo el Palacio, exclamarán: *fué grandel!*
Viendo la Choza, añadirán: *fué justo!*

LIBRO CUARTO.

FABULA LXXVI.

LA YEGUA Y EL ASNO.

Una Yegua tiene
El Señor Don Cleto,
Y además un Asno
De ella compañero.

La Yegua está ociosa—
Casi todo el tiempo,
Pues la tiene el Amo
Solo por recreo.